12°
ACTITUD Y PREPARACIÓN PARA LA BATALLA, EN EL LAICO

Daniela Cruzábal

De qué trata este artículo:

- Una vida intensa de fe.
- Una vida moral y coherente.
- Los sacramentos.
- Las bendiciones.
- Los sacramentales.
- Las consagraciones.
- Los votos.
- Las oraciones.
- Las invocaciones.
- La penitencia (el ayuno y los sacrificios).

Para evitar que los demonios nos ataquen, y para defendernos cuando sí lo hacen, *contamos con varias estrategias*:

Una vida intensa de fe

Pero, ¿qué es fe? Fe es ***confianza***. Fe es estar seguros de que Dios es infinitamente más poderoso que los demonios; y estar *absolutamente convencidos* de que, además, Dios nos ama. Fe es confiar en que, por estas causas, *Dios puede* –y nos va– *a liberar* de los demonios.

Para tener *la certeza* de que Dios nos escucha y protege –para tener una fe que no vacile, que no dude, que no tema–, es

necesario estudiar y conocer nuestra religión *bien* (no "ir a la iglesia" nada más por costumbre, a "calentar la silla"). Y conocer nuestra religión, es *estudiarla con verdad, y con fidelidad* (esto es: estudiar lo que dijo Cristo, no lo que dice algún teólogo de moda, que sea más hereje que los propios demonios).

Los teólogos buenos, han sido fieles a Juan Pablo II, q.e.p.d, –y siguen siendo fieles al papa legítimo–. ***No lo critican***, no pretenden convencernos de que las cosas malas, "ahora son buenas"; y además *llevan una vida santa*. Si un religioso (o libro) ataca a *este papa* (o *lo que este papa enseñó)*, entonces es malo –podrá ser un gran amigo nuestro, pero *no es fiel a la religión que profesa*, y que Dios mismo vino a enseñarnos–.

Una vida moral y coherente

Dios ***no*** *nos prohíbe nada* ***que sea bueno***: Si nos prohíbe algo, es porque esa acción nos destruye, nos hace daño, y nos hace muy "cuesta arriba" el camino al Cielo (*a nosotros, ...y a los demás):* Dios no gana nada diciéndonos: "No mientan, no roben, no maten..., etc."; somos *nosotros los que salimos ganando* a la larga, cuando respetamos esos límites y nos hacemos menos dura la convivencia.

Vale la pena "curarse en salud" y esforzarse en *ser buenos* –en vivir de manera constructiva, coherente, y conforme a nuestra religión–, en lugar de vivir "a nuestro aire", y LUEGO PRETENDER QUE *LOS DEMÁS*, NOS SAQUEN "FÁCIL Y RÁPIDAMENTE", EL MONTÓN DE ESPÍRITUS INFERNALES QUE *NOSOTROS MISMOS NOS METIMOS*, VIVIENDO UNA "VIDA LOCA". ¿No creen?

Los sacramentos

También nos podemos defender de los demonios, con la práctica *debida y sentida* de los sacramentos, porque todo sacramento "nos carga" de energía divina (de gracias, de Dios mismo); y nos cura y fortalece. Y donde está Dios, los demonios no pueden entrar.

Cristo mismo instituyó los sacramentos, para ayudarnos en nuestras necesidades:

(a) *El Bautismo* basta muchas veces para liberar a una persona que estaba siendo acosada por los demonios –y más todavía antiguamente, cuando el rito mismo del bautismo, incluía un exorcismo–.
(b) Frecuentar *la Comunión* –la Eucaristía–, *en las condiciones debidas,* y con fe (*con confianza*), nos vuelve inconquistables, porque nos estamos alimentando de Dios mismo.
(c) *La Confesión sacramental,* personal (no comunitaria), frecuente, *y el "enseñar bien" a nuestra conciencia* –esto es: el formarla procurando que, ni sea tan laxa *(tan "manga ancha"),* que nada le parezca malo, ni tan escrupulosa, que crea que todo es pecado–, nos consiguen el discernimiento que necesitamos, para poder distinguir *cuándo* una inspiración viene de Dios (o de sus santos y ángeles), y *cuándo* de los demonios. Y esto es fundamental en la batalla.
(d) ***La Unción de los Enfermos*** es particularmente poderosa, ya que *no sólo nos ayuda en la agonía o en la enfermedad,* ***sino también cuando estamos siendo hostigados por los demonios,*** o tenemos que enfrentar una *tentación mayor,* o que tomar una decisión difícil e importante. Y por cierto: Tiene más sentido recibirla antes de entrar al hospital, para que todo salga bien, que después, cuando todo salió ya mal.
(e) Y el sacramento del *Matrimonio* nos ayuda a hacer frente a la dura prueba de la convivencia diaria. Si estamos conviviendo como pareja con alguien, *sin estar casados,* y no queremos ser hostigados por los demonios, lo lógico es, o casarse, o separarse, *pero no el seguir así.*

Las bendiciones

Como dijo San Ignacio, vivimos una guerra cósmica (metafísica), del Mal contra el Bien. En esta guerra sólo hay dos ejércitos –el de Dios, y el de los demonios–; y el territorio en el que pelean es la Tierra. Todo lugar, objeto, animal y persona, puede ser utilizado por uno u otro bando. Y los seres humanos especialmente, siempre participan de esta guerra, *ya*

sea en un bando o en el otro, aunque a veces no se den cuenta de ello.

Con la autoridad y el poder que Dios le dio a nuestras palabras, podemos bendecir (desear que Dios conceda el bien, a la persona, animal, objeto o lugar que estamos bendiciendo). Y bendiciendo, hacemos que el reino de Dios (*el territorio de Dios*) crezca. Cada objeto bendecido "vibra" o "brilla" de una manera distinta (por decirlo de alguna manera), *porque adquiere la "marca de Dios"*. Y cuando ponemos en un objeto la señal de Dios, es más difícil que los demonios puedan utilizarlo para el mal (o incluso acercarse a él). Si pese a la bendición ellos se acercaran, tendrían que gastar poderes para lograrlo, y además sufrirían mucho haciéndolo (porque la marca de Dios, como la presencia de Dios, les es insoportable y dolorosa).

Bendecir nuestras comidas, por ejemplo, implica llevar la bendición a cada célula de nuestro cuerpo, con los nutrientes de lo que comemos, haciendo insoportable nuestro cuerpo a los demonios, y haciéndolo atractivo para los ángeles y santos, y para Dios mismo –para el bien–.

Toda persona puede bendecir, y *Dios decide si escucha (o no) nuestra petición,* dependiendo de cómo vivimos, de qué tanto amamos a Dios, y de otros factores de los que ya hablamos en otro artículo.

Ahora bien: *Cuando un sacerdote bendice algo* (o a alguien), y **sin importar que él sea una buena persona, o no,** *su bendición es "segura"* (como si dijéramos "garantizada"), porque Cristo mismo lo prometió a sus Apóstoles (*Mateo* 15, 18-19, y 28, 16-20; *Juan* 20, 21-23, y 21, 15-18). Dios quiso dar este regalo especial a sus sacerdotes, PERO PARA AYUDARNOS A NOSOTROS: ***Para que nosotros tengamos el consuelo*** **de contar con la ayuda de Dios,** ***siempre.***

O dicho en otras palabras: Dios es buen jefe. Y como es justo, tiene que darle a sus "empleados" lo que necesiten para hacer su trabajo. Luego pues: Cuando un sacerdote bendice,

consagra o exorciza, Cristo mismo se atará a sus palabras, *sin importar cuán bueno o malo sea el sacerdote.*

Cuando haya duda de qué hacer, cuando no sepamos si una persona está loca o está poseída, *cuando no sepamos si lo que está pasando es cosa de Dios o de los demonios,* ***bendigamos.*** Aunque le diéramos nuestra bendición a una persona loca, la bendición *no puede hacerle daño,* y sí algún bien. Y si la persona fuera mala, y Dios no pudiera concederle nuestra bendición, ésta se volverá a nosotros, haciéndonos mejores.

Para bendecir, basta hacer la señal de la cruz con la mano, sobre algo o alguien, o decir que queremos bendecirlos –pero si por cualquier causa no pudiéramos movernos ni hablar, basta nuestra intención de hacerlo, para que Dios lo haga realidad–. Así que, si sentimos que los demonios están atacando algo o a alguien, tenemos muchos modos de darle nuestra bendición, y conseguir que Dios lo proteja.

Si las luces empiezan a fallar por causas demoníacas –por ejemplo–, bastará hacer la señal de la Cruz con la mano, mirando hacia ellas, para que poco a poco dejen de fallar.

Los sacramentales

Así como los sacramentos nos "inyectan" gracia, por los méritos y la autoridad de Cristo –*Dios*–, también *los sacramentales nos dan gracia,* **pero por los méritos de Cristo *y la autoridad de la Iglesia*** (artículo 1166 del *Código de Derecho Canónico*) –otra vez: "lo que aten en la Tierra, será atado en el Cielo..."–. El sacramental es, generalmente, un objeto que ha sido bendecido y consagrado a Dios, con el fin de atraernos Su gracia y extender Su reino. Y la utilidad de cada sacramental, depende del simbolismo de la materia empleada (*de lo que hayamos bendecido*).

Por ejemplo: El agua normal representa la pureza, y lava lo que está sucio. Así que cuando se convierte en un sacramental (en agua bendita), el líquido elemento simboliza la pureza de Dios, y nos limpia del pecado –del mal–; por eso se usa en el Bautismo. Y por esto, porque *limpia,* los demonios la sienten

como si fuera un detergente o ácido fortísimo (que los quema aunque, materialmente, no sea más que agua).

Los demonios *no tienen "opción" de reaccionar de otra manera* ante el agua bendita, igual que nosotros *no podemos escoger, cómo queremos que nuestro cuerpo reaccione cuando le echan ácido.* Somos criaturas (esto es: somos "como cazos salidos de las manos de nuestro alfarero, Dios"), y por ello tenemos límites. Y como Dios nos hizo como quiso, y nos dio los límites que le parecieron más adecuados, ni ellos ni nosotros podemos evitarlos. Así como uno de nuestros límites es el ácido, un límite de los demonios, es el agua bendita –les guste o no–; por esto no la pueden soportar. El P. Amorth lo resume diciendo: El agua, exorcizada, lava el mal; el aceite, exorcizado, separa el mal (lo despaga); y la sal, exorcizada, lo arroja.

En los siguientes artículos vamos a explicar cuáles son los sacramentales más importantes. Y es muy importante conocerlos y usarlos, porque son "nuestro arsenal" –las armas que Dios nos dio para marcar Su territorio y ejército, y para alejar y defendernos de los demonios–. Entre todos ellos, el más importante para nuestra lucha, desde luego, es el exorcismo. La sola recitación de las oraciones de este rito, hace sentir mejor a cualquier persona, *aunque no esté poseída,* pues rara es la persona que no sufre de alguna opresión, o por alguna enfermedad o herida emocional. Si no hubiera tan pocos exorcistas, y tantos casos graves necesitando su atención, valdría la pena acudir periódicamente a ellos, para que rezasen sobre nosotros.

Las consagraciones

Consagrar a Dios algo, es ofrecérselo como regalo *enteramente,* sin guardar nada para nosotros. "Consagrar" es renunciar a "mandar" en ello (renunciar a usarlo a nuestro gusto o según nuestras necesidades): Consagramos algo a Dios, para que Él lo tome como Suyo, *propio*. Santa Ana y San Joaquín consagraron a la Virgen María, cuando era niña, a Dios. Y Dios la amó especialmente, porque sus padres, *y ella misma,* quisieron darse

enteramente de Él, aunque *no necesitaban hacer tanto para ser buenos*. ¿Por qué lo hicieron? Porque, como Lo amaban mucho, querían ser todos de Él; ***no les bastaba con ser buenos***.

Los religiosos son personas consagradas a Dios, y las iglesias son lugares consagrados a Dios. Los objetos utilizados en un rito, también están consagrados (*dedicados enteramente al culto de-Dios*). Usar estos objetos o personas, para algo malo (o quitárselos a Dios, después de habérselos dado), es un pecado muy grave. Es el equivalente a despreciar a Dios (a tratarlo como si fuera un idiota), diciéndole: "Ahora salte –quítate de aquí–, que ya no queremos darte esto".

Arrojar a Dios de lo que le habíamos consagrado, se llama ***profanación*** *(en inglés se dice: "to desecrate", porque le estamos "quitando lo sagrado")*. Es algo tan grave, que es mejor no consagrarse a Dios (*o no consagrarle algo*), si no estamos dispuestos *a entregárselo real y completamente, para siempre.* Si encima utilizamos *la fuerza y el engaño* para profanar lo que es Suyo, *el propio objeto, lugar o persona, clamará al Cielo*, llamando la ira de Dios sobre nosotros, los nuestros y lo nuestro. *Y si uno puede escaparse de la justicia de los hombres,* ***uno no puede huir nunca de la justicia de Dios***.

Otro tipo de consagración, es la de "nombrarse un patrón" en el Cielo: *CUANDO LLEVAMOS EL NOMBRE DE UN SANTO*, le estamos siendo consagrados oficialmente: Él se convierte en nuestro patrón, y *se obliga a ayudarnos de por vida*. Y nosotros nos obligamos a averiguar sobre él, a conocerlo mejor, a tenerle respeto y cariño, y a mantener una relación personal, *especial*, con él.

Y si hay algún otro santo, que por su vida nos "caiga simpático", nos inspire, o tenga algo en común con nosotros, también podemos invitarlo a nuestras vidas, y esperar su ayuda especial. ***En el Cielo, el amor no es celoso***. Y mientras más santos y ángeles sean nuestros "amigos especiales", más ayuda vamos a recibir de ellos; *siempre y cuando no olvidemos que Dios es "el Jefe"* –el más importante, poderoso, y amoroso de todos los seres, y que por lo mismo, *a Él lo tenemos que querer más que a*

todos los santos–. La costumbre actual, de *ya no darle a los niños sino un nombre de pila o dos,* les ha robado la oportunidad de contar con innumerables "padrinos" celestiales. Y así, ¡cómo no van a andar las cosas de cabeza en la Tierra!

Los votos

Un voto es un juramento a Dios; es una promesa **solemne y formal**, de que para agradarle, vamos a hacer algo que **no era obligatorio**, y que es difícil –que nos cuesta trabajo–. Hacer un voto, es como hacer un pacto sagrado e inviolable, con Dios. Un voto se ha de cumplir *sin importar lo que nos cueste – suceda lo que suceda, y pase lo que pase*–. Nadie nos pide que hagamos ***más de lo que Cristo manda***. Así que, si un día LE PROMETEMOS A DIOS, *solemnemente,* algo que no nos pidió (y que es bueno), CON UN VOTO, **tenemos que cumplirlo** –nos estamos comprometiendo con la única persona a la que no vamos a poder engañar nunca, de la que no podemos huir, y a la que *siempre vamos a necesitar*–.

Por eso *uno **no** debe andar haciendo votos a la ligera;* y por eso **no conviene hacerlos *sin pedir la opinión y el consejo, de un buen sacerdote,*** *que nos conozca bien* (no vaya a ser que prometamos algo que luego no esté en nuestra mano cumplir).

Pero, ¿por qué la gente puede querer hacer un voto? Por amor a Dios –¿acaso los enamorados no se prometen cosas, y no se juran todos los sacrificios?–. Y también hace la gente votos **cuando necesita que Dios la saque de alguna situación difícil, o la proteja de los demonios.**

Antiguamente, por ejemplo, era muy común que la gente hiciera votos cuando una epidemia terrible asolaba una región. Algunos hacían voto de dar lo que tenían a los pobres (por ejemplo), para que Dios los salvara de la epidemia. Y luego, iban y hacían lo prometido –por ejemplo: vendían lo dicho, y lo entregaban o a un hospital de caridad, o a un orfanato, o a un comedor popular, etc.)–.

Hace pocos años supe de una señora en la Ciudad de México, que, siendo muy rica, hizo *voto de pobreza* para que Dios salvara a su hijo escritor, ***y lo cumplió* hasta sus últimas consecuencias.** Cuando ella iba a morir, el hijo fingió convertirse, para darle ese último consuelo a su madre. Pasó el tiempo, y ella en el Cielo podía ver claramente que su hijo no había cambiado de ideas ni de vida, *a pesar de todo lo que ella había sacrificado por amor a él.* Y aunque ni Dios ni ella, *pueden hacer violencia a nuestra libertad* (no pueden obligar a ese hijo a ser bueno), Dios de todas maneras *cumple siempre como un caballero,* permitiendo a esa señora, en el Cielo, hacer muchas más cosas que a otras personas. Y luego, ¿quién dice que su hijo no leerá estas páginas, recordará a su madre, y volverá finalmente a la gracia de Dios?

No toda promesa a Dios, es un voto. Cuando hacemos una "promesa" solemos ofrecerle a Dios (o a algún santo, o ángel) nuestros pequeños sacrificios de cada día, a cambio de su intercesión en algún asunto igualmente menor. *Veamos algunos ejemplos de promesas:* El "no comer chocolate durante un mes", o el "ayunar todos los viernes de Cuaresma", en lugar de sólo abstenerse de carnes, etc. *Y aunque debemos cumplir nuestras pequeñas promesas,* si algo se atraviesa y no podemos hacerlo, no caemos en pecado grave, porque podemos volver a empezar, o substituir lo prometido por algo de igual o mayor valor *–que ya con eso se resuelve el problema–.*

Pero ***no cumplir un voto –en cambio–, sí es un pecado grave.*** Así que, aunque el premio que Dios da a los votos sea mayor que el que da a las promesas, *piénsenlo muy bien, antes de meterse en uno. EN ESTE SENTIDO, SOBRE LOS VOTOS SE PUEDE DECIR LO MISMO QUE YA DIJIMOS SOBRE LAS CONSAGRACIONES:* **SI NO LO VAN A CUMPLIR, MÁS VALE NO HACERLO.**

Las oraciones

Como ya dijimos antes, todo verdadero creyente, establece con Dios una relación de amor. Y CUANDO LE HABLA, *DIOS LO OYE.* "Orar" es hablar con Dios. "rezar" es repetirle oraciones que

alguien más ha escrito, y *también es grato a Dios, cuando ponemos el corazón en ello*. Y como ya dijimos antes que todo fiel cristiano puede invocar a Dios y rezar plegarias de liberación, *orar es –además– un arma importantísima contra los demonios*. Entre las oraciones, hay varias particularmente útiles en esta lucha:

(a) *Las jaculatorias*, son oraciones breves, que llegan rápidamente al Cielo, y nos consiguen ayuda. Y son tan cortitas, que ni tiempo nos da de distraernos, mientras las rezamos. Por lo cortas, precisamente, tienden a ser invocaciones o líneas de algún salmo o del Evangelio.

Por ejemplo:

- "Ven, Señor Jesús",
- "Jesús, en Ti confío",
- "Jesús mío, y Dios mío",
- "¡Señor, a quién iremos; [sólo Tu tienes palabras de Vida eterna!]",
- "El Señor es mi pastor; nada me podrá faltar" (*Salmo* 23),
- "Jesús, no nos abandones [jamás, jamás]",
- "¡Viva Cristo Rey!",
- "Sagrados corazones de Jesús y de María, sean la salvación del alma mía",
- "Oh, María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti",
- "Madre, cúbreme con tu manto y guárdame en tu corazón",
- "San Miguel arcángel, defiéndenos en la lucha",
- "Espíritu Santo, ilumíname; dime qué hacer",
- "Protégeme, Dios mío, que me refugio en Ti" (*Salmo* 15),
- "En Tus manos encomiendo mi espíritu, mi ser y toda mi vida, Señor", etc.

(b) *El credo* es la lista de verdades fundamentales de nuestra fe –lo que Dios consideró que necesitábamos saber

indispensablemente, para poder salvarnos–. También se le da el nombre de "signo de los Apóstoles", porque creer esas verdades, les permitía reconocerse unos a otros como seguidores de Cristo. E igualmente lo llamamos "signo niceno-constantinopolitano", porque fue redactado –así como hoy lo recitamos– durante un concilio que tuvo lugar en Nicea y Constantinopla.

Repetir el credo con todo nuestro corazón, es como decirle a Dios "CREEMOS EN LO QUE TÚ NOS ENSEÑASTE, PORQUE NOS AMAS Y NO TE EQUIVOCAS; PORQUE ERES DIGNO DE TODA NUESTRA CONFIANZA". Y esto fastidia enormemente a los demonios, no sólo porque implica que Dios reina en nuestras vidas, sino porque saber esas cosas nos enseña cómo protegernos de ellos, y nos dice por qué no debemos temerles.

(c) *El rosario* es una oración que "ata" a los demonios. Dios se dio el gusto, *con gran coraje de los demonios,* de mandar que *todo rosario rezado con fe,* sirva como ***cuerda para atarlos*** (para quitarles poderes de su cuenta, para contenerlos y repelerlos, e incluso para obligarlos a poner en evidencia sus planes, de tal modo que podamos combatirlos con éxito). Quien reza el rosario con frecuencia, *y bien,* además, recuerda la vida de Jesús en la Tierra, desarrolla un gran amor por la Virgen (uno no puede estar diciéndole cosas bonitas a alguien, sin terminar por querer más a esa persona), y *también crece en su amor y veneración por Cristo* (en el centro de cada avemaría, está el nombre de Jesús; y nuestro amor por Él aumenta, cuando lo decimos con verdadera reverencia, recordando que "toda rodilla se dobla, en el Cielo, en la Tierra y en el Abismo, *ante el santo nombre de Jesús*").

Cabe recordar la anécdota, además, de una persona a la que un coche quiso atropellar, sin lograrlo, porque iba rezando el rosario. Pero sobre todo, conviene tener presente que nuestra Señora se le apareció a Santa Bernardita cuando rezaba el rosario, y que en Fátima pidió a los niños que lo rezáramos continuamente. Aún más recientemente, nuestra Señora dijo al Padre Stefano Gobbi, del Movimiento Sacerdotal Mariano, que el rosario es la cadena con que Dios va

a atar a los demonios, a aprisionar a Satanás, y a volverlos inofensivos (Blumenfeld, Alemania, 7 de octubre de 1992).

(d) *Los sitios de jericó*. Si un único misterio del rosario ata a los demonios por un momento, una cadena continua de rosarios, recitados por varias personas *de tal forma que siempre alguna de ellas, esté rezando por todas,* y a lo largo de varios días (durante una semana o más), hace caer murallas como las del Jericó de la Biblia –que impedían a los israelitas entrar a la Tierra Prometida–. Un "jericó" de rosarios, destruye incluso las ataduras más fuertes, que los demonios hayan establecido en una persona, lugar u objeto. ¿Por qué? Por la virtud del Santo Nombre de Jesús, y de la promesa que Dios hizo a la mujer, en María, de que ella triunfaría sobre los demonios.

Hay que tener presente que conforme pasen los días, los demonios buscarán la manera de dificultar nuestro jericó (harán que alguien nos interrumpa a esa hora, o que "tengamos que hacer otra cosa" justo en ese momento, o que nos quedemos dormidos cada pocos avemarías, *u otras cosas por el estilo*); y que nosotros tendremos que luchar como valientes para terminarlo. Pero esto es prueba, precisamente, *de cuánto daño les hacen los jericós*. Con ellos se han conseguido liberaciones sorprendentes y la resolución de problemas que parecían imposibles.

Se suele empezar un lunes con la Eucaristía, para terminarlo de la misma forma, una semana después.

DESPUÉS DE CADA CINCO MISTERIOS, SE REZA SIEMPRE ESTAS DOS JACULATORIAS:

Reina del Cielo, y soberana Señora de los Ángeles,
que has recibido de Dios
la misión de aplastar la cabeza de Satanás, y de derrotar a sus huestes,
[*Génesis* 3, 15 y *Apocalipsis* 12, 1-6],
así como el poder para lograrlo,
te suplicamos
que envíes a tus santas legiones de ángeles,
para que, bajo tus órdenes, persigan a los enemigos que nos cercan,

rechacen sus ataques tenebrosos,
y los PRECIPITEN
[*esto es: "los arrojen", "los hagan caer con fuerza"*] en el Abismo.
Amén

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha,
se nuestra muralla y nuestro castillo
contra la maldad y las asechanzas de los demonios
–que Dios te dé la orden y el poder para hacerlo,
le rogamos suplicantes–.

Y tú, San Miguel, Príncipe del Ejército Divino,
a los espíritus malignos
que para perdición de las almas van vagando por el mundo,
precipítalos [esto es: *hazlos caer, haz que se desplomen*]
con el poder de Dios, en el Infierno.

Y se repite la lista de peticiones, que suelen incluir las siguientes:

1. En desagravio de las ofensas cometidas contra el Sagrado Corazón de Jesús, y el Inmaculado Corazón de María.
2. Por la salud y la protección del Santo Padre, de sus enemigos visibles e invisibles, y por la victoria de su pontificado.
3. Por la santificación de los sacerdotes (especialmente por los que nos atienden), y por el incremento de las vocaciones sacerdotales y religiosas santas y perseverantes.
4. Por la consagración de Rusia y el pronto triunfo del Inmaculado Corazón de María.
5. Por la paz en nuestro país.
6. Por la salvación de las almas de los agonizantes.
7. Por la salvación de las almas poseídas o asechadas por Satanás y sus huestes.
8. Por la paz en el mundo y nuestra cooperación en la obra salvadora del Inmaculado Corazón de María.
9. Por la multiplicación de los sitios de jericó.

10. Por la paz en nuestros hogares, y por nuestras intenciones privadas y personales:

(e) *Las plegarias de liberación*. Hay varias cuya eficiencia ha sido demostrada por el uso, a lo largo de los siglos. Por ejemplo, las que incluimos en los artículos *sobre el poder de nuestra palabra y de nuestra imaginación*, y *"Más oraciones..."*. Y también, y especialmente, las que aparecen en los libros de los que hablaremos al final.

Pero es importante saber cómo rezarlas: El cristiano debe ***ordenar** a los demonios, que se vuelvan al Infierno eterno, con **confianza*** (no con coraje, no con soberbia, sino con firmeza); Y DE PREFERENCIA, EN VOZ ALTA.

Y para que funcionen, tenemos que tener presente,
que **no somos nosotros los poderosos, sino Cristo**
–***Jesús:*** el Verbo de Dios, el Ungido, el Hijo de Dios vivo,
que es Dios mismo–.

Toda plegaria de liberación invoca a Cristo,
O ARROJA A LOS DEMONIOS *EN NOMBRE DE JESÚS*.

Es más fácil entender cómo funcionan,
si, cuando decimos "Jesús", "Cristo", o "Dios",
lo "visualizamos" a nuestro lado,
y si entonces, imaginamos a los demonios huyendo de Él despavoridos
–porque además, *eso es precisamente lo que ocurre*–.

(f) *La lectura en voz alta de la Biblia* (por ejemplo: los salmos, el Evangelio y el Apocalipsis), y especialmente de *todo párrafo que hable del poder de Dios, de las promesas de amor que Dios hizo al ser humano, y de la derrota de los demonios*.

El que hayamos puesto la lectura de la Biblia al final de esta lista, no significa que sea menos eficiente para arrojar a los demonios, sino al contrario: Cuando los demonios atacan por sorpresa, uno tiene que recurrir rápidamente *a lo que sabe de memoria, y que es fácil de rezar*. Si ustedes se saben versículos de la Biblia, ***hay pocas cosas más poderosas para arrojarlos, que "aventarles a la cara" la Palabra de Dios.*** Y es poderosa porque (como Él mismo prometió), no puede

venir a la Tierra –y ser repetida– sin cumplir siempre y en todas las ocasiones lo prometido, que es nuestra salvación:

"Como baja la lluvia y la nieve de los cielos,
y no vuelve allá sin haber empapado y fecundado la tierra,
y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar
y el pan para comer,
así ***la palabra que sale de Mi boca, no vuelve a Mi vacía,***
sino que hace lo que Yo quiero, y cumple siempre su misión."
(*Isaías* 55, 10-11).

"Pues mira bien que Yo velaré
para asegurarme de que se cumple cada una de Mis palabras."
(*Jeremías* 1, 12).

El mismo Cristo, cuando fue tentado en el desierto, no se puso a discutir con los demonios (reyes del engaño y la mentira), sino que respondió a sus invitaciones, citando la Palabra de Dios (por ejemplo: cuando los demonios le ofrecieron comida, él contestó: "está escrito: no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios", y cuando le ofrecieron los reinos de la Tierra a cambio de postrarse en tierra y adorar a los demonios, Jesús contestó: "está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él sólo servirás" [*Mateo* 4, 10 y subsiguientes]).

(g) Hay *otras oraciones* que han mostrado su utilidad en la lucha contra los demonios, a lo largo de los siglos, como el propio rosario. Entre ellas están *la oración a San Miguel Arcángel,* que ya citamos al hablar de los sitios de jericó, y el *"Acuérdate" (Acordaos)* a la Virgen, que escribió San Bernardo de Claraval:

Acuérdate,
oh, piadosísima Virgen María, de que jamás se ha oído decir,
que alguien que haya confiado en tu protección,
reclamado tu socorro, o implorado tu ayuda,
haya sido desamparado por ti.
Animado por esta confianza *que me da la experiencia,*
acudo a ti, oh, Virgen, Madre de las Vírgenes;
y gimiendo bajo el peso de mis pecados,
me atrevo a presentarme ante mi reina y soberana:

No desoigas mis súplicas, oh, Santa Madre de Dios,
antes bien: Dígnate acogerlas benignamente,
inclina a ellas tus oídos, y consíguenos lo que te suplico.

Las invocaciones

Invocar es ***llamar***. Y de hecho, muchas de las jaculatorias que listamos más arriba, son "llamadas" (porque claman a Jesús para que venga a ayudarnos, o "ruegan a María que se haga presente, y nos proteja", o suplican la intercesión de otros santos y ángeles.

1. Como nuestra palabra tiene el poder *de hacer realmente presente a Dios, a los ángeles y a los santos,* ahí donde nosotros estamos, *la invocación es un arma muy poderosa para defendernos cuando los demonios nos atacan.* Y sobre todo el invocar:
   (a) a Dios (porque la Biblia dice que "nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el Cielo y la Tierra"),
   (b) a Jesús –porque la Biblia dice que a Jesús, "toda potestad [esto es: *poder*] le fue dada", *y que* "toda rodilla se doble en el Cielo, en la Tierra y en el Abismo, ante el Santo Nombre de Jesús" (*Filipenses,* 2, 6-11)–,
   (c) a la Virgen –porque en la Biblia, Dios promete a Eva y a la Serpiente: "pondré perpetua enemistad entre ti [Serpiente], y la mujer, y entre tu descendencia y la suya; y al final ella *te aplastará la cabeza,* mientras tú asechas sus pasos ["el calcañar" son los talones de lo pies]", (*Génesis,* 3, 15)–,
   (d) a los especialistas anti-demonios: San Miguel, San Rafael, San Gabriel, San Jorge, San Benito, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Asís, el Santo Cura de Ars, etc.

   Hay una anécdota que nos ayudará a entender cómo funcionan las invocaciones:

Una persona a la que un *demonio "íncubo"* se preparaba a violar, recordó que podía defenderse poniendo el cuerpo en forma cruz. Como estaba acostada en su cama, formando una línea recta, sólo le faltaba abrir los brazos para hacerlo

huir. Pero cuando él se dio cuenta de lo que ella quería hacer, dejó de hacer ruidos, y golpeó los brazos de ella contra su costado, para que no pudiera abrirlos. Entonces ella invocó a Jesús, rezando "Ven, Señor Jesús" varias veces; y a continuación pudo abrir y extender los brazos sin problema. *Y en ese momento,* **el demonio tuvo que salir corriendo.** Recordemos que Dios no tiene que poner guardias en el Cielo para que los demonios se queden afuera, porque Dios *está en todo el Cielo,* y *Su sola presencia les es dolorosamente insoportable.* **Por eso las invocaciones funcionan, y funcionan de inmediato;** *y la acumulación de ellas, más.*

2. Invitar a Dios (al Padre, a Jesús, y/o al Espíritu Santo) *a "inhabitar" en nosotros y en nuestra casa,* es también muy útil. Dios nunca nos priva de la libertad, y se entiende que la persona que lo invita, además, es su amiga, y vive como Él le enseñó, así que *traerlo no le implica ningún cambio en su vida.* Pero Su presencia en la persona, o en el lugar, "asfixia" a los demonios, porque *donde Dios ya entró invitado,* ellos **no pueden entrar.** A los ángeles y a los santos, los podemos invitar a "in-habitar" nuestra casa, y los lugares en los que pasamos una parte importante de nuestras vidas, pero no nuestro cuerpo –para ellos es el sagrado templo de Dios vivo–.

En cualquier caso, sólo podemos invitar a Dios y a los Suyos, a lugares sobre los que tenemos una cierta autoridad (por ejemplo: a nuestra oficina, a nuestro salón, a nuestra mesa); *si no somos el dueño ni el jefe, no podemos invitarlos a hacer "suya" toda la empresa (o escuela).* De ahí la importancia de trabajar a las órdenes de alguien que crea en Dios, y que lo haga sentir bienvenido en su empresa.

Es importante, sin embargo, ser conscientes de lo que esto implica: Si invitamos a Dios y a los Suyos, *les estamos dando derechos de invitados:* Igual que no nos portamos mal delante de un invitado humano, ni somos descorteses con él; *tampoco podemos tratar mal a Dios en nuestro cuerpo, o a los santos en nuestra casa...* Y ya saben: Como en las consagraciones, *más vale* ***no invitarlos, si no estamos dispuestos a tratarlos como se debe.***

La penitencia (el ayuno y los sacrificios)

El Evangelio nos cuenta que algunos demonios se habían resistido a los Apóstoles –se habían negado a salir de las personas a las que estaban atacando–; y que cuando le habían preguntado a Jesús por qué, Él les había explicado que "esa raza de demonios", sólo sale con ayuno y penitencia (*Mateo* 17, 21).

1. Todos sabemos que *"ayunar"*, consiste en "no comer algo que nos gusta", o "en comer menos que de costumbre, para sentir hambre", o "en pasar uno, o varios días, *a pan y agua*". En Medjugorje, la Virgen dijo que este último *era el mejor ayuno* (21 de julio de 1982), y que *era mejor ayunar en días que significan algo importante para Dios y para nosotros* –como por ejemplo el viernes, que nos permite recordar la crucifixión y muerte de Jesucristo; el hecho de que llevó Su amor hasta el extremo de morir para salvarnos–. También dijo que por medio del ayuno es posible detener o impedir guerras, e incluso suspender el cumplimiento de las leyes de la naturaleza.

   Cuando una persona quiere ayunar varios días seguidos, es importante que tome siquiera, y regularmente, agua con miel, o jugo (zumo) de frutas con pulpa, para que no se le baje el azúcar en la sangre; *o, si prefiere el ayuno de pan y agua,* no ponerle límite a la cantidad de pan que coma al día (*siempre que se lo coma* ***solo***). Ahora bien, normalmente, la mayor parte de la gente ayuna esporádicamente, y rara vez varios días seguidos. ¿No resulta triste que mucha gente, *teniendo comida en su casa,* se vuelva anoréxica o bulímica, o que haya quien sufra (y arruine su salud) haciendo dietas (regímenes) por vanidad, pero que ya *nadie piense en ayunar para desagraviar a Dios, por tanto dolor como le causamos, y para conseguir Su ayuda*?

2. *Los sacrificios*. Hoy en día, no "está de moda" hablar de sacrificios. La sociedad nos invita a concedernos todos nuestros gustos y caprichos, y a buscar sólo lo que nos conviene o complace –a no "frustrarnos"–. Y mientras que,

por esta causa, la mayoría de nosotros, deja de desarrollar su "inteligencia emocional", se va aislando de los demás, y "baja la guardia" en esta guerra cósmica, ***la gente que sirve a los demonios, sí se sacrifica*** *y sacrifica a otros* ***con indecible crueldad*** *–incluso a sus propios hijos–. Aún más:* Precisamente dentro de las sectas satánicas, estas personas educan a sus hijos en la disciplina más extrema, cruel e injusta, con el propósito de hacerlos "más fuertes", y de asegurarse su lealtad ciega, *aunque no sea sino por pánico.* Pero, ¿por qué hacen ellos estas cosas?

Porque renunciar a algo, es una manera de decirle *al ser al que invocamos*: "**lo que tengo, te lo doy;** ***dame ahora, por lo mismo, lo que necesito (o pido)"*** –"dando y dando"–. Y ellos quieren conseguir cosas de los demonios. Esto es: Les ofrecen sacrificios porque esperan beneficiarse sobrenaturalmente de ellos.

Luego además: Hay cosas que sólo debemos darle a Dios ("amarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás..."; "santificarás las fiestas", etc.); de tal forma que dárselas a alguien más, es insultarlo. Y si lo insultamos, no podemos decirle "ven y reina, haznos justicia, consuélanos". Así que hacer sacrificios para agradar a Dios extiende Su reino; mientras que ofrecérselos a los demonios, implica someterse a ellos y ensanchar el reino del mal en la Tierra.

Pero, *¿acaso Dios, no merece –mucho más que ellos–, cualquier cosa que le queramos dar?* Y, ¿acaso no nos conviene a todos más, que Él (el Bien) reine en el Universo?

Aún más: Dios quiere salvarnos, pero ya hizo demasiado por nosotros: Se hizo hombre y murió –y sabemos de sobra que, "**nadie ama más, que quien da la vida por sus amigos...**".

Todo cuanto tenemos, *además,* se lo debemos directa o indirectamente a Él. Y como Él nos ama, tenemos la certeza de que *nos ha dado lo suficiente* como para que, *aunque* ***nadie tenga todo*** *en esta vida,* tampoco nadie se pueda *quejar de estar peor que todos los demás:* No hay vida sin "cruces", igual que no hay vida sin momentos de gloria.

Así que *ahora nos toca compensar el desnivel de la balanza,* ofreciéndole a Él algo bueno; ***y ofreciéndoselo por amor*** – *no por miedo, ni para conseguir poder (que es lo que lleva a otras personas a darles cosas a los demonios)*–.

Ahora bien, ¿qué podemos ofrecerle a Dios, si nosotros no somos *sino criaturas,* mientras que Él es nuestro Creador? –nosotros *no podemos darle nada que Él no tenga, y tampoco* ***nada que no nos haya dado Él antes***–.

Dios sabe esto, y por eso ***otorga un valor infinito,*** *A AQUELLO QUE MÁS NOS CUESTA:*

(a) el dolor,

(b) el hambre,

(c) la necesidad,

(d) la incomodidad,

(e) las incomprensiones,

(f) las frustraciones,

(g) el sufrir con paciencia y buen ánimo a la gente que está a nuestro alrededor,

(h) el renunciar a algo que apreciamos,

(i) el mantener nuestra confianza en Él cuando todo parece perdido –el esperar contra toda esperanza–,

(j) el serle fieles aunque alguien nos presione para que dejemos de serlo,

(k) el ponerlo a Él en primer lugar en nuestra vida, en lugar de pretender ser nuestros únicos amos,

(l) el dedicar nuestro tiempo, esfuerzo y bienes, a ayudar a los demás, etc.

Éste es el tipo de regalo que *podemos hacerle* a Dios, *precisamente porque nace del amor (que es lo que más le gusta);* y porque además lo "producimos" nosotros completo –esto es: no sale del inventario de cosas que Él nos dio, sino que son joyas que nosotros estamos creando, cada día, de la nada, para Él, con nuestro esfuerzo–. Éstas joyas, además,

son sumamente costosas –de ahí su valor–; y de ahí también que Él nos consuele recordándonos que sólo el grano de trigo que muere a sí mismo cuando lo hundimos en la obscuridad de la tierra, produce después planta y frutos (*Juan* 12, 24).

Cada persona tiene algo que aprecia más. Renunciar a esto, *por un tiempo o para siempre,* es un sacrificio grato a Dios. Pero sólo podemos hacer este tipo de sacrificios *de cuando en cuando,* por una razón muy sencilla: La mayor parte de nosotros, *no tiene tantas cosas importantes a las que renunciar.*

Y por el contrario, *siempre estamos necesitando pedirle algo* (o queriendo más dones que los que tenemos). Luego, pues: Tiene que haber manera de ofrecer sacrificios *siempre que sea necesario,* o que queramos hacerlo: San Ignacio de Loyola decía, que tenemos que pensar en algo que *nos duela, pero que no nos haga daño* (porque él hizo unos ayunos tan duros cuando se encontró con Dios, que luego se estropeó el estómago para toda la vida) –y no podemos lastimarnos seriamente, porque *Dios es dueño de nuestro cuerpo y de nuestra vida (**no podemos** disponer de ellos **para destruirnos**)* –. Así que, los católicos, a lo largo de la historia, nos hemos inventado mil maneras de ofrecer pequeños molestias o dolores a Dios, *causándonoslos* nosotros mismos, *siempre que al hacerlo, no nos lastimáramos seriamente.*

Por ejemplo: El Santo Cura de Ars (San Jean Marie Vianney) se colgaba "cilicios" (cuerdas rasposas o cadenas molestas) alrededor del brazo o de la cintura, y se daba *azotes a sí mismo [**nota:** a los objetos que los santos han usado para darse azotes, los llaman "disciplinas"].*

Y cuando la Virgen se apareció en Fátima a los pastorcitos Lucía, Jacinta y Francisco, les dijo que había que consolar a Dios ofreciéndole sacrificios –que Nuestro Señor sufría por la mucha gente que se iba al Infierno, *sólo porque no había quien pidiera por ellos, ni estuviera dispuesto a renunciar a algo por salvarlos*–. Los tres niños, entonces, se pusieron cilicios

(cuerdas rasposas que los lastimaban) alrededor de la cintura *(bajo la ropa)*, durante el día, para tener algo que darle a Dios. Y para que Él así viera que, aunque hay gente dispuesta a sufrir por los demonios, **somos más los que queremos reparar y ofrecerle a Él nuestro dolor y nuestro amor** –para que así Dios viera que sus hijos no somos todos tan egoístas y malos, como para que, desilusionado, destruya al mundo completo–.

La Virgen, en Medjugorje, dijo que "el ayuno y la penitencia pueden obtenerlo ***todo:*** Incluso el fin de una guerra".

"Hay que dar con alegría" (como decía la Madre Teresa de Calcuta), *pero "dando lo que nos cuesta"*, porque ***si no nos duele perderlo, entonces no es sacrificio***. Así que **dar,** es *otra manera de sacrificarnos* por amor a Dios.

Y San Pablo nos enseñó que nosotros, *los hijos por los que Jesús murió en la Cruz,* "completamos en nuestra carne los sufrimientos de Cristo", para demostrarle a Dios-Padre que *el género humano* –todo– merece realmente Su ayuda, y beneficiarse del sacrificio redentor de Cristo. Pero no se crean que esto lo hacen y dicen los cristianos de ahora: Desde el principio del Cristianismo, *particularmente entre eremitas y monjes, y especialmente en Oriente,* esto ha sido una manera común de comunicarse con Dios, y de "quemar etapas" en la carrera hasta Su corazón –un atajo a Su amor, que nos descorre los velos del Misterio, y arranca milagros de nuestro Señor–.

PARA COMPROBAR QUE ESTO TIENE SENTIDO, VALE LA PENA PONERLO A PRUEBA: Si algún día los demonios llegan a fastidiarlos a ustedes, prueben a arrojarlos con solo una plegaria de liberación (rezándola así nada más). Luego, *prueben a rezar la misma,* pero acompañándola con algún sacrificio. ¿Verdad que el cambio es impresionante? **El sacrificio** MULTIPLICA NUESTRO PODER ENORMEMENTE, EN LA BATALLA CONTRA LOS DEMONIOS. *Y nada más por esto, vale la pena ofrecerlo.*

Como hemos visto, los laicos tenemos muchos recursos,

para enfrentar la batalla contra los demonios. En realidad, y **como Santa Teresa decía**: Una vez que conocemos a nuestro enemigo, que sabemos cómo actúa, y que descubrimos las armas que Dios nos dio para defendernos de él, SON ELLOS LOS QUE TIEMBLAN ANTE NOSOTROS: ***No tenemos por qué temer.*** Recordemos lo que ella nos enseñó:

Nada te turbe, nada te espante:
Todo se pasa.
DIOS NO SE MUDA [*Dios no cambia*].

La paciencia todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene, nada le falta:
SÓLO DIOS BASTA.

El Infierno se llama así, porque es lo "inferior" –lo más bajo, lo que menos vale–. Todo temor humano nos viene del Infierno. De Dios, por el contrario, vienen la alegría y la paz –la esperanza contra toda esperanza–. Confiemos en nuestro Señor para "obligarlo" así –con nuestra fe ciega– a ayudarnos. Y entonces sí, con Él a nuestro lado, ya veremos cómo el Infierno se pone rabioso a temblar.

Cerremos este artículo recordando las bellas palabras de nuestra Señora de Guadalupe, a nuestro querido indio, San Juan Diego:

"Hijito mío, el más pequeño [*mi consentido*]:
¿No estoy yo aquí, que soy tu madre?
¿No estás, por ventura, en mi regazo?
¿Qué más has menester [*qué más necesitas*]?
No te espante, ni te inquiete cosa alguna".

"Este artículo tiene derechos reservados / © copyright,
pero el autor autoriza a que se reimprima y publique SIN MODIFICACIONES (incluyendo esta leyenda final).

No es necesario pedirle autorización para sacar fotocopias de este artículo".